

¿Viejos actores, nueva relación? Empresarios e izquierda en América Latina

Anselmo Flores Andrade *

Introducción

Las elecciones celebradas en América Latina en los últimos años no sólo han afianzado a éstas como el mecanismo idóneo para la formación de gobiernos, sino que también caracterizan un nuevo tiempo político : el arribo de gobiernos que, en términos generales ,podemos denominar como de izquierda. Países tan disímiles como Venezuela (Hugo Chávez); Brasil (Lula Da Silva); Argentina (Néstor Kirchner) Uruguay (Tabaré Vázquez) y, más recientemente, Bolivia (Evo Morales) y Chile (Michelle Bachelet) comparten dos rasgos en común. Por un lado, su adscripción a la izquierda del espectro político; por el otro, el “miedo” que provoca(ron) no sólo a los grupos y clases políticas tradicionales sino también a las organizaciones empresariales más influyentes, de cada país. De hecho, con excepción de algunos casos particulares, la mayoría de esos ‘temores’ han resultado exagerados y sin sustento, siendo los gobiernos de la Concertación en Chile, el caso paradigmático de este fenómeno. Evidentemente, la situación en esos países no es propiamente la de una “luna de miel” entre gobierno y empresarios, pero tampoco ha significado el caos y la anarquía que se esperaba tras el triunfo de los candidatos a la izquierda del espectro político. Más bien lo que se observa, es la continua búsqueda de una gobernabilidad y una estabilidad que permita a esas naciones resolver problemas heredados de los gobiernos precedentes con tendencias neoliberales.

Contrario a lo que la mayoría de las personas piensa, la adscripción de los empresarios a la derecha no siempre supone una concordancia desde el punto de vista ideológico, ya que también es posible encontrar grupos significativos del mundo empresarial vinculados a las corrientes de centro-izquierda. De esta forma, la identificación entre derecha y empresarios no garantiza necesariamente una buena relación entre ambos (como lo ejemplifica el caso de México), aunque tampoco la diferencia ideológica conlleva inevitablemente a la ruptura, como bien lo ilustran los casos de Brasil y Argentina. Las tensiones y confrontaciones entre empresarios y gobiernos rebasan los aspectos eminentemente ideológicos¹.

Al igual que la izquierda latinoamericana, a los empresarios, ya no digamos del continente sino de un mismo país, los caracterizan profundas diferencias en lo político y lo económico. Los intereses de los empresarios son heterogéneos y atraviesan distintas diádas : grandes-pequeños;

* Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid, España. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores del CONACYT, México. Quiero agradecer a Fabiola Rodríguez Barba sus valiosas críticas y comentarios en la redacción de este texto.

¹ Ben Ross Schneider, «La organización de los intereses económicos y las coaliciones políticas en el proceso de reformas de mercado en América Latina» en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, número 179, octubre-diciembre de 2005.

agricultores-industriales ; industriales-financieros ; aperturistas-proteccionista; nacionales-locales. Por lo que no es posible hablar genéricamente de los empresarios (o del empresariado) si lo que se pretende es determinar pautas de comportamiento ante algún problema, situación o tema en particular². No obstante, estos empresarios comparten una idea de sí mismos (una ideología) que les da unidad y los cohesionan. Además, existe una representación legalmente reconocida y políticamente legitimada, tanto por los propios empresarios como por los entes gubernamentales y por los actores fundamentales del sistema político, la cual permite hablar en forma genérica del empresariado o los empresarios. En ese sentido, es a esos líderes empresariales, y a la cúpula de la organización empresarial como actor principal, a los que nos referiremos como los empresarios a lo largo de siguientes páginas.

Históricamente hablando, podemos encontrar dos características nítidas del empresariado latinoamericano : primero, su diversidad y heterogeneidad, que se expresan cuando se instrumentan políticas económicas muy concretas (la política industrial, por ejemplo) ; y, segundo, su cohesión y unidad, que dependen del tipo y grado de la amenaza a la que se vean enfrentados. Por ejemplo, cuando se cuestionan elementos importantes del *status quo* (bien sea económico o político), el empresariado desarrolla acciones políticas concretas y efectivas. Cuando esto ha ocurrido, los empresarios latinoamericanos han respaldado regímenes autoritarios, incluso militares, debido a que éstos garantizaban los derechos de propiedad, orden y autoridad que las empresas, según su opinión, necesitaban para funcionar. Los casos de Perú durante el fujimorismo, el de los empresarios chilenos durante la dictadura de Pinochet y el de los empresarios mexicanos durante gran parte de los gobiernos priístas, son ejemplos de la variedad de modos de connivencia entre los empresarios y el gobierno en un contexto no democrático³. Pero también

son ejemplos de cómo, independientemente del régimen político, los empresarios han redefinido su relación con los gobiernos de turno para conseguir sus propósitos individuales y/o corporativos⁴.

En este proceso, mediante una estrategia defensiva y/o reactiva a los cambios políticos, económicos, sociales e ideológicos que se presentaron en el escenario internacional y doméstico, el empresariado comenzó a ubicarse como un sujeto económico y político de gran importancia dentro de los sistemas políticos de la región⁵. Los procesos de transición a la democracia ; la “escasa” representación del sector empresarial en el sistema político ; la mala imagen que la sociedad tenía del empresariado ; y, fundamentalmente, el proceso de ajuste estructural que sufrió la economía, junto con los problemas políticos que enfrentaban los regímenes nacionales, provocaron la reacción empresarial en un intento por modificar dicha situación. En efecto, la Confederación de Empresarios Privados de Bolivia, la Confederación de la Producción y el Comercio de Chile, el Consejo Coordinador Empresarial de México, la Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción de Venezuela, la Unión Industrial Argentina y la Cámara Industrial de Uruguay, entre otras, se implicaron en los procesos políticos y económicos de sus respectivos países de diversas maneras. Por ejemplo, realizando foros o seminarios de análisis sobre tópicos económicos; búsqueda de un mayor acercamiento con los ministerios, y en particular con el presidente de la república, para “recomendar” la instrumentación de medidas de política económica de su interés ; difusión de

Journal of Latin America and Caribbean Studies, Vol. 24, N.47, 1999; y Cecilia Montero *La revolución empresarial chilena*, Santiago de Chile, Ediciones Dolmen, 1997.

⁴ Anselmo Flores Andrade «El contexto socioeconómico e institucional y el comportamiento de los empresarios durante la transición a la democracia en Chile y España» en *Foro Internacional*, #59, El Colegio de México, 2000; Aníbal Viguera «Los empresarios, la política y las políticas en América Latina. Una propuesta de análisis comparado» en Ricardo Tirado (comp.) *Los empresarios ante la globalización*, México, UNAM-Cámara de Diputados, LV Legislatura, 1994; y Celso Garrido (coord.) *Empresarios y Estado en América Latina*, México, UAM-CIDE-CLACSO-Fundación Friedrich Ebert, 1988.

⁵ Silvia Maxfield and Ben Ross Schneider (comps.) *Business and The State in Developing Countries*, Cornell University Press, 1997; y Francisco Durand and Eduardo Silva (comps.) *Organized Business, Economic Change, Democracy in Latin America*, North-South Center Press, University of Miami, 1998.

² De hecho una fracción importante del pequeño empresario se opuso (y opone) a aspectos específicos de la liberalización de las economías (en particular a las que afectan a determinadas ramas de la producción) como a ciertos ámbitos de la política económica apoyadas por los grandes empresarios.

³ Anselmo Flores Andrade, «Los empresarios y la transición a la democracia: los casos de México y España» en *Revista Mexicana de Sociología*, número 3, julio-septiembre de 2003; Francisco Durand «The Transformation of Business-Government Relations Under Fujimori» en *Canadian*

desplegados en los medios de comunicación para criticar u opinar sobre el rumbo de la nación; así como en inmiscuirse en la ámbito electoral para apoyar a partidos, o candidatos, que sustentaran sus propuestas económicas.

La convergencia del modelo economía de mercado y democracia liberal, ha contribuido a acentuar la hegemonía del empresariado en el proceso productivo de los países latinoamericanos. En estos procesos de cambio, los empresarios y sus organizaciones se han fortalecido, adquiriendo mayor incidencia y protagonismo en las políticas estatales en detrimento de otros actores y grupos sociales. De ahí el gran poder que han adquirido algunas grandes corporaciones y grupos económicos mejor insertados en los diferentes escenarios que plantea la globalización. Dichos conglomerados poseen recursos monetarios considerables capaces de desestabilizar los sistemas políticos en los que se insertan.

No obstante, a pesar de la formación de coaliciones entre el sector privado y diferentes grupos políticos, a fin de apoyar y legitimar los procesos de cambio y reforma estructural, los resultados no han sido los esperados. Muchos de los problemas que se esperaba solucionar (en materia de pobreza, salud, educación, desigualdad, por ejemplo) no sólo permanecen, sino que incluso, algunos se han agudizado. Esta situación ha abonado el terreno para el ascenso de los gobiernos de izquierda en la región.

En este ensayo argumentamos que con motivo de la reconfiguración del sistema económico mundial y de la expansión de la democracia en la región, las transformaciones sufridas tanto por el empresariado como por la izquierda, han sido fundamentales para atenuar la “fobia” tradicional de los grupos empresariales frente a los gobiernos de izquierda, así como para hacer del pragmatismo político el *modus vivendi* recurrente entre ambos actores.

Las transformaciones del empresariado

El papel de los empresarios y sus organizaciones en los sistemas políticos de la región se ha modificado en las últimas dos décadas. La reconfiguración del sistema económico mundial, los procesos de transición política hacia la democracia y la implantación de la economía de mercado han modificado las pautas tradicionales mantenidas por el empresariado frente al Estado

y el gobierno. La tradicional “subordinación al Estado” y la “apatía” del empresariado latinoamericano frente a la política se revirtió a partir de la década de los setenta y ochenta, cuando en ese período se inició una paulatina e irreversible politización de los sectores empresariales, producto de los cambios políticos y económicos que experimentaron, con diferentes matices, modalidades y grados, una diversidad de países. En naciones tan disímiles como México, Brasil, Perú, Bolivia, Argentina y Chile, el empresariado comenzó a experimentar cambios en su estructura organizativa, en su mentalidad e ideología, así como en sus relaciones con el Estado, los partidos políticos y la sociedad. De cierto modo, los procesos de transición a la democracia, junto al auge de ola neoliberal, no sólo consistió en sustituir a los militares por civiles en los gobiernos ni en una serie de medidas técnicas para sacar de la crisis económica a los países de la región, sino que incluyó todo un movimiento económico, político e ideológico de envergadura llevado a cabo para enterrar el modelo de crecimiento por sustitución de importaciones y el perfil del Estado intervencionista.

La *ola neoliberal* iniciada en la década de los ochenta no encontró obstáculo alguno en la cohesión y consenso generado por las clases políticas y económicas de los países de la región, con respecto al devenir económico de sus sistemas nacionales. El fenómeno de la globalización, empezaba entonces a imponerse más como una realidad que no podía dejarse de tomar en cuenta que como una ideología. La mayor interdependencia de las economías y la reconfiguración del sistema internacional trajeron entonces una nueva redefinición de la actividad estatal, la existencia de políticas económicas de corte neoliberal, nuevas reglas externas e internas del juego económico y un proceso de ajuste estructural de las economías de la región. De esta forma, a la par de la apertura de su economía al mercado internacional y de una férrea crítica a los vicios del Estado y a las viejas costumbres políticas, los gobiernos de turno y sus economistas se erigieron como los salvadores de los males que aquejaban a las sociedades latinoamericanas. En un entorno ideológico y económico propicio, el saber técnico fue presentado como una alternativa de oposición a los intereses políticos e ideológicos tradicionales y, por tanto, como el único medio posible para salir de los entuertos que presentaban las naciones de la región. Así, bajo

la bandera de menos Estado y más mercado, las economías latinoamericanas abrieron sus fronteras al comercio internacional teniendo como objetivo la inserción de sus economías en el mercado mundial.

En estos procesos, los empresarios jugaron un papel fundamental debido a que no sólo los promovieron e impulsaron sino que se constituyeron en actores privilegiados del modelo económico surgido de esas iniciativas. De forma individual o colectiva, apoyaron las estrategias de política económica puestas en marcha por los gobiernos de turno y, en muchos casos, cumplieron funciones de asesoría institucional en dicha materia (los casos mexicano y chileno resultan paradigmáticos⁶). En ese sentido, la relación entre empresarios, especialmente los económicamente más fuertes, y gobiernos tendió más a la colaboración que al conflicto. Por ejemplo, una de las principales reformas económicas fue la privatización de las empresas públicas en casi todas las naciones latinoamericanas, la mayoría de las cuales se hizo con escasa transparencia propiciando una alta concentración de la propiedad en manos de grandes empresarios, al igual que diversos casos de corrupción. Así mismo, esta situación provocó vínculos más estrechos entre las élites económicas y el gobierno.

En un período en el que la economía dictaba el rumbo de las cosas, los empresarios adquirieron mayor importancia política como consecuencia de dos situaciones : por un lado, el debilitamiento estatal y la irreversible puesta en marcha de políticas económicas de corte neoliberal instrumentalizadas por los gobiernos nacionales ; y por el otro, la difusión de una ideología (neoliberal, mercantilista e individualista) que les proporcionaba un papel destacado en el nuevo orden económico mundial. Así, la reconfiguración del escenario internacional desde la década de los ochenta incidió no sólo en la reorientación ideológica, sino también en el papel del empresariado de la región en las políticas públicas, ya que no sólo las sugerían sino que en ocasiones fueron los encargados de diseñarlas y de coordinar su puesta en marcha. Igualmente, tanto los

empresarios como sus estructuras de representación adquirieron una influencia sustancial en el proceso político de los países de la región, debido a que eran considerados interlocutores importantes para el éxito, o fracaso, de las políticas estatales. En síntesis, el lugar estratégico que adquirieron con este nuevo modelo económico les proporcionó un amplio poder de negociación frente al Estado, en detrimento de otros grupos sociales como, por ejemplo, los obreros y los campesinos.

Paralelo a este proceso, el empresariado logró articular un discurso coherente y unitario (con variaciones de país a país, evidentemente). Sin embargo, aunque los conceptos no fueron en sí novedosos, lo inédito lo constituyó su decisión de revertir la imagen tradicional que de ellos tenía la sociedad y, en consecuencia, presentarse como el motor del desarrollo y modernización del país. La ideología empresarial consistió en una serie de ideas sobre sí mismos como “hombres de trabajo” o “particulares” en oposición a lo estatal, así como sobre la importancia de sus actividades en la creación de la riqueza y, especialmente, en el reconocimiento legítimo de su espacio (la empresa) y sus beneficios. Una de las consecuencias de esa ideología es que al insertarlas en los discursos empresariales contribuyeron a una valoración positiva de sus actividades. En poco tiempo, los empresarios lograron revertir la valoración negativa (imagen que hacía referencia a empresarios con visiones “cortoplacistas”, especuladores y aventureros) que proyectaban a importantes grupos sociales. En el éxito de la difusión de esa ideología empresarial, incidió de manera importante la puesta en marcha del modelo de economía de mercado⁷, así como la modificación de la relación Estado y sociedad. En todos los sistemas políticos de la región, con mayor o menor énfasis, a los empresarios se les asignó el rol de motor de la economía y, en ese sentido, de pilares del crecimiento y desarrollo económico del país.

En buena parte de los países latinoamericanos, así como en el contexto de la reorganización del sistema económico internacional, el eje articulador del discurso empresarial lo constituyó la defensa del modelo económico de economía

⁶ Véase por ejemplo, Cristina Puga *Los empresarios organizados y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte*, México, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, 2004; y Cecilia Montero «Relaciones Estado-empresarios en una economía global: el caso de Chile» en *Nueva Sociedad*, número 151 septiembre-octubre de 1997.

⁷ Que implicó : la apertura de la economía hacia el exterior, la modificación de la política arancelaria, la formación de un mercado de capitales, la disminución del rol del Estado en la economía, la política de privatizaciones de empresas y servicios sociales como la salud y vivienda

de mercado, la demanda de relaciones laborales inherentes a ese modelo, una política económica acorde, así como un comportamiento gubernamental coherente con esta última. Conceptos tales como eficiencia, competitividad, innovación tecnológica, desarrollo económico, productividad, empresa, racionalidad y libertad fueron ampliamente difundidos y se incrustaron en una variedad de documentos y discursos de la época. Una mirada a este discurso deja ver que los empresarios ya no buscaban ser meros espectadores del acontecer político, económico y social, sino que ahora se asumían como activos participantes de la dinámica política en general, y de la elaboración de las políticas públicas, en particular. Igualmente en los discursos se difundió, y con ello se intentó socializar, la idea de que la empresa privada constituía el fundamento del crecimiento económico y de que la actividad empresarial constituía el pilar del desarrollo de las naciones. Asimismo, se divulgó una nueva imagen del empresariado que hacía hincapié en su carácter social y, en ese sentido, se hizo una defensa a ultranza de la legitimidad moral, política y económica de la presencia y actividad de los empresarios en los respectivos sistemas políticos.

El manejo de este discurso empresarial fue reforzado con la aparición de un empresariado más moderno, educado y cosmopolita, mucho más propenso a participar en política, a incursionar en los mercados y a competir internacionalmente, que a mantener las pautas tradicionales del accionar empresarial, es decir, a mantener vivo el paternalismo estatal (protección de sus negocios de la competencia tanto interna como externa). Las características de esta nueva “generación de empresarios”, educados en universidades extranjeras que transmitían a sus estudiantes visiones administrativas más modernas y tendencias económicas neoclásicas, posibilitó una fácil asimilación del credo neoliberal en el mundo empresarial. Por otra parte, ante los retos que presentaba la nueva lógica del comercio internacional, los empresarios modificaron la sus órganos de representación organizaciones representativas (haciéndolos más técnicos y dotándolos de una gestión estratégica moderna), para responder con mayor eficacia y eficiencia a los requerimientos de las formas de producción y de interdependencia económica.

La reconversión de la izquierda

Al igual que sucede con el empresariado, hay que dejar en claro que a la izquierda latinoamericana la caracteriza una gran heterogeneidad. En efecto, la denominada izquierda posee muchos matices en los que convergen una diversidad de partidos, grupos y posiciones (no sólo a nivel regional, sino también nacional) de las más variadas tendencias que difícilmente podrían ser homologadas, incluso en un mismo país. De ninguna forma, el Partido de la Revolución Democrática mexicano, el Partido Socialista chileno, el Movimiento al Socialismo boliviano, el Partido del Trabajo brasileño o el Frente Amplio uruguayo, por sólo mencionar algunos, son idénticos. Todos ellos ostentan liderazgos, estructuras partidarias, apoyo electoral y memoria histórica muy variados. No obstante, para efectos prácticos hablaremos de manera general de la izquierda, a fin de referirnos a las posiciones político-ideológicas que son contrarias a los principios y valores del neoliberalismo. De ahí que, a pesar de que tradicionalmente exista un bagaje político-ideológico de base entre los grupos y partidos políticos de izquierda (por ejemplo, su identificación con los intereses de la clase obrera, su demanda por ampliar la participación de los trabajadores en los ámbitos de la empresa, su rechazo a la democracia burguesa, sus beligerancia frente a la propiedad privada, al capital y en general al modo de producción capitalista), la forma más común en la actualidad es considerar como de izquierda toda aquella opinión o posición que se contraponga a la agenda del “Consenso de Washington”.

Al igual que los empresarios, la izquierda latinoamericana no fue inmune a las modificaciones de su entorno. La reconfiguración del escenario internacional desde la década de los ochenta, incidió en su discurso y en sus estrategias políticas. Dos sucesos de envergadura han influido en la reorientación de la izquierda latinoamericana. Por una parte, el colapso del socialismo real en Europa le restó cohesión y viabilidad al pensamiento tradicional de la izquierda. Por la otra, la reconfiguración del sistema económico mundial (así como los procesos de innovación tecnológica, flexibilidad laboral, primacía del mercado como regulador de la vida social, competitividad, apertura comercial y eficiencia de los aparatos productivos que éste conlleva), como expresión del fenómeno de la globalización. Estos eventos han contribuido tanto a la hegemonía de la democracia liberal como a la economía de mercado, por lo que su

convergencia marca actualmente los límites y las posibilidades de acción política de las alternativas contestatarias o reaccionarias frente al modo de producción capitalista.

Dentro de este proceso de cambios, el más sintomático lo constituye la moderación del contenido del discurso de la izquierda. Así, mientras que en el pasado inmediato, la izquierda expresaba la necesidad de cambios revolucionarios o sistémicos del modo de producción capitalista y de “la democracia burguesa” como su forma de gobierno, en la actualidad, el discurso que ostenta ha sustituido dichos proyectos por otros de reforma, cambio gradual o reorientación de las políticas económicas bajo un modelo de economía de mercado. Además, ya no se pide derrocar y cambiar la forma de gobierno burguesa, sino que se demanda eficacia al gobierno y, en su defecto, la sustitución de malos gobernantes a través de los mecanismos establecidos por la democracia liberal. Igualmente categorías tales como clases sociales, pueblo y lucha de clases han dado paso a otras como sociedad, ciudadanos y sectores sociales. Importancia sustancial reviste también la sustitución del vínculo Estado y revolución por el de mercado y democracia. Igualmente, cabe también resaltar la importancia que la izquierda reconoce a los empresarios en el desarrollo y crecimiento de las economías de los países, además de considerarlos como de gran importancia para el mantenimiento de la gobernabilidad de los sistemas políticos de la región. De tal suerte, que no es exagerado afirmar que salvo excepciones (como en el caso de Venezuela⁸), los marcos conceptuales y prácticos de la izquierda se han modificado considerablemente⁹.

En ese sentido, las estrategias políticas de la izquierda latinoamericana se han modificado. Por ejemplo, en los últimos años hemos presenciado una izquierda más pragmática y gradualista, sin

⁸ En Venezuela, los empresarios han tenido fuertes enfrentamientos y un protagonismo importante en el clima de ingobernabilidad de ese país, un ejemplo de ellos lo constituyó su participación en el golpe de estado contra Hugo Chávez en abril de 2002 y las revueltas sociales de diciembre de ese año, debido a la amenaza que, según los empresarios, penden sobre la propiedad privada y la economía de mercado.

⁹ Javier Santiso «¿Del buen revolucionario al buen liberal? A propósito de un extraño camaleón latinoamericano» en Guy Hemer, Soledad Loaeza y Jean-Francois Prud'homme (comps.) *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*, México, Colegio de México, 2001.

las posiciones ideológicas tradicionales que antes la enfrentaban a los gobiernos en turno. Por el contrario, en la actualidad la izquierda postula un capitalismo más humano y abandera un socialismo democrático y responsable. De hecho, esta situación separa sustancialmente la visión de la actual izquierda de aquella que conocimos, por ejemplo, en los años sesenta¹⁰. En la moderación del lenguaje de la izquierda, sin duda, han incidido las experiencias autoritarias y dictatoriales de la época reciente del continente. La salvaje embestida represiva sufrida por líderes y grupos sociales simpatizantes de la izquierda, por parte de los gobiernos no democráticos, logró dejar una profunda huella en sus actores, por lo que la posibilidad de repetir el entorno socioeconómico del pasado ha influido en sus estrategias políticas. Ante esta cercanía de hechos se ha revaluado la democracia y los valores, principios y procesos que ella implica.

La globalización, y los procesos que ésta conlleva, han establecido nuevas coordenadas ideológicas, políticas y económicas que a los actores políticos les resulta difícil ignorar. No existe lugar alguno en el discurso de la izquierda (si se quiere tener posibilidades reales de acceder al poder y gobernar) en donde se apele a la autosuficiencia económica, a la planeación económica estatal, ni mucho menos al retiro de los foros y regímenes económicos internacionales. La nueva lógica de la economía mundial, con su proliferación de acuerdos bilaterales y multilaterales, implica una serie de obligaciones políticas y económicas que no pueden evadirse si se quiere tener acceso a los mercados, a la tecnología y al flujo de capitales, indispensables para la estabilidad de los sistemas políticos de América Latina.

Esta nueva estrategia de desarrollo y crecimiento económico impone serias restricciones a los virajes económico-políticos radicales, por lo que esta situación ha motivado un mayor pragmatismo en las acciones y discursos, tanto de la izquierda como del empresariado latinoamericano. El pragmatismo es práctica común de los empresarios para proteger sus intereses individuales y colectivos, como lo es también de la izquierda para acrecentar sus posibilidades de gobernar. Pero este pragmatismo ha sido un elemento importante en

¹⁰ Miguel Serna «Las izquierdas al poder: renovación de las elites políticas en Brasil y Uruguay» en *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, Vol. 31, número 61, 2006.

la gobernanza de los sistemas políticos de la región, ya que ha flexibilizado y ensanchado el horizonte de convivencia entre ambos actores. De tal modo, el espacio público y político nacional es menos rígido y compartimentalizado que en épocas pretéritas, donde la ideología y las posiciones extremas establecían un juego de suma cero entre la izquierda y los empresarios.

La estructura jurídico-política internacional

Los intercambios comerciales llevados a cabo por los países latinoamericanos en el marco de los acuerdos de libre comercio no sólo han permitido a los empresarios resolver un “problema de mercado”, sino que también han sido muy importantes para garantizarles “tranquilidad”, en el sentido de que la estructura jurídico-política internacional - creada en torno a la Organización Mundial de Comercio (OMC), el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), y la Unión Europea (UE), por ejemplo - ha sabido restarle margen de maniobra a los gobiernos nacionales, especialmente en los aspectos económicos. En efecto, tanto los acuerdos comerciales bilaterales como multilaterales signados entre los mismos países latinoamericanos, como aquellos logrados con la UE, los Estados Unidos y algunos países del continente asiático, han resultado fundamentales para reafirmar que la situación económica actual permite un estrecho margen para un viraje económico radical de las naciones.

Una de las consecuencias del nuevo sistema económico internacional ha sido la pérdida de autonomía económica¹¹. Para ser viable, la política económica interna de los países tiene que tomar en cuenta necesariamente el “factor externo” y, sobre todo, requiere homologar sus directrices con las del sistema económico internacional. De ahí que el margen de maniobra en aspectos sustanciales de la vida política y económica interna se haya reducido. Entonces, la política económica escapa a los caprichos y al humor de los titulares del Ejecutivo de los países de la región.

El crecimiento de las economías y el desarrollo económico de las naciones requiere instituciones, procesos y políticas acordes al actual modelo económico capitalista. Por ello, en el contexto de

integración económica regional y mundial, la cooperación entre empresarios y gobiernos, bien sean de izquierda o de derecha, se torna imperativa. Esto con el fin de hacer frente con eficacia a los problemas y retos que emergen de las negociaciones de acuerdos comerciales, como son la competitividad de los mercados internacionales, la innovación tecnológica, la estabilidad de los mercados financieros y el fortalecimiento de la cadena productiva nacional. Por otro lado, organismos financieros internacionales, así como los grupos económicos transnacionales presentes en los territorios de esos países, podrían lograr ejercer un cierto poder de negociación frente a la izquierda radical. Además, en los tiempos actuales, es una verdad inobjetable la importancia que reviste la inversión extranjera directa para promover y financiar programas gubernamentales en materia de salud, educación e infraestructura. Estas variables podrían presionar a los gobiernos de izquierda para que en lugar de buscar modificar el *status quo*, se inclinen por un propósito más viable : negociar el ritmo y modalidad de las reformas más que la sustitución del actual modelo de desarrollo.

Ante este saber, los empresarios latinoamericanos en su conjunto, con mayor o menor énfasis, demandan a sus gobiernos de mantener la estabilidad macroeconómica, el equilibrio fiscal y el principio de subsidiariedad del Estado, todo ello en un marco de eficiencia. Además, consideran sumamente importante impedir que desde el gobierno se caiga en la tentación de atender lo coyuntural y de hacer ofrecimientos demagógicos, con los que, a su juicio, no sólo se crean falsas expectativas sino que podrían generarse graves prejuicios a la economía nacional, de llegar a satisfacerse. Igualmente, plantean que para una integración exitosa los gobiernos deben fortalecer sus estructuras institucionales (o su defecto, crearlas) para garantizar dicha participación. Ante la tentación de que los nuevos gobiernos de izquierda quieran modificar el *status quo*, los empresarios hacen énfasis en que es fundamental estimular la empresa privada, creando condiciones apropiadas para su desarrollo, al ser ésta la principal fuente de riqueza y empleo. No obstante, en caso de que los gobiernos de turno desearan modificar el *status quo*, siempre está latente la amenaza de que un viraje económico radical tendría consecuencias en la inversión, el crecimiento económico y el empleo. Esto es, en

¹¹ Dirk Messner «Globalización y gobernabilidad de lo local» en *Nueva Sociedad*, número 176, noviembre-diciembre, 2001.

los ámbitos de dominio actual de los empresarios.

Conclusiones

Si bien las suspicacias y temores que provocan en la clase empresarial el triunfo electoral de gobiernos de izquierda en América Latina son el resultado de una memoria histórica, éste no constituye una amenaza *per se* para sus intereses económicos. Las transformaciones del sistema económico mundial, así como la reconversión ideológica mostrada por la izquierda en los últimos años nos permite prever una reforma al *status quo* interno más que un cambio radical. La ola izquierdista no irá en contra de la corriente económica internacional, al no tener una propuesta alternativa viable, sino que más bien intentará “*surfear*” sobre el modelo de crecimiento a través de modificaciones específicas que no alterarán los aspectos fundamentales del modelo económico neoliberal. Es decir, instrumentará reformas que disminuyan los costos sociales de las políticas económicas y se enfocará a solucionar los problemas de pobreza, sanidad e inequidad acentuados por los gobiernos neoliberales precedentes. La cooperación más que la confrontación es el horizonte más viable para que la izquierda mantenga la estabilidad y gobernabilidad de los sistemas políticos de la región. No sólo por el lugar estratégico que ocupan los empresarios y sus empresas en el crecimiento y desarrollo de las naciones latinoamericanas, sino porque el trabajo conjunto permitirá tener mayores posibilidades de éxito en afrontar los retos sociales de la región, así como los que impone el entorno económico internacional.